

EL GRAN SOLITARIO

Aunque doce planetas circundasen tu
lumbre
yo sé tu soledad.

Aunque artesano en el taller paterno
y al panal del materno seno dócil,
yo sé tu soledad.

Aunque bajares como en primavera
de la pura y nevada crestería
el torrente a los valles, do las flores
son tentación que intenta corromperle,
yo sé tu soledad.

Aunque abrases del barro a Tu Pureza
el alma, ya hecha incienso, de María,
yo sé tu soledad.

Aunque tu sangre—flor de primavera—
vergel hiciese del Calvario frío,
no fué tu muerte simplemente humana,
pues perdió la cruel Naturaleza
su impasibilidad.

Y eres Solo y Ungido sobre el polvo,
en terrible y excelsa soledad.

* * *

Poeta en el sentido más preciso,
informas en estrofas de vías lácteas
el desnudo silencio del espacio
por fuerza de tu amor.

Los límites los da la compañía,
y si tu soledad no te salvara,
la trémula materia no sintiera
la fuerza de tu amor.

Solitario concibes. Eres óleo
de Ungido en el fanal que salvaguarda
intacta y pura para las creaciones
la fuerza de tu amor.

Las formas en el tiempo no le añaden
claridad a tus ojos siempre claros.
Si tu mirada baja hasta nosotros
es por gracia y dulzura que rebosa
la fuerza de tu amor.

* * *

Las crestas de los altos himalayás
no pintadas de flores ni de frutos,
apenas balbucean en imagen
tu pura excelsitud.

Más siempre hay alpinistas atrevidos
que intentan alcanzar las altas cumbres
por ansia de mirar lo inaccesible
en pura excelsitud.

Tu amor perdona la ambición humana
que con tu voluntad de aroma y pájaro
pretende contemplar, sin igualarla,
Tu Pura Excelsitud.

EUGENIO FRUTOS.



PAGINA POETICA DE ALFONSO ALBALA (1)

EN CARNE VIVA

Mi verso es duro, como el duro tronco,
de una encina rugosa de mi tierra;
mi verso es áspero, como el camino,
que hacia el barbecho sus olivos lleva.

Mi verso tiene el agrídulce amargo
de la retama, cuando se hace leña;
tienen mis versos aridez de campo,
de árido campo bajo un sol que quema.

Como canción robusta y moza,
de un terruñero en parda sementera,
salta mi verso de mi pecho, recio,
como agua de un regato entre las peñas.

La voz se me ha hecho voz sobre los cerros,
hurtando a la ciudad mi voz inquieta,
para alabar a Dios en los alcóres,
como una ermita blanca en la meseta.

¡Un verso áspero! ¡Un verso descarnado!
—Mi mocedad hoy tiene voces nuevas—
No la enfermiza rima con que riman,
sus canciones sin eco otros poetas.

Porque la angustia el corazón me llaga,
como cruda sequía en pobre tierra,
jalaba a Dios mi verso en carne viva,
cómo el salmo desnudo del asceta!

DESPEDIDA

A mi hermano SANTOS

Como mastín hambriento
de nuevo la nostalgia muerde el alma:
¡encinas extremeñas, en la calma
del campo seco y polvoriento!

Allá sobre la loma,
mi aldea en su muralla prisionera,
mi casa humilde en el alcor, cimera,
sobre la piedra gris asoma.

Mi madre, en largo abrazo,
apretóme llorosa contra el pecho...
¡Pardo a lo lejos se perdió el barbecho
desnudo y quieto en el ribazo!

Vino mi padre, anciano,
conmigo, andando un trecho del camino...
Después quedé yo solo, peregrino,
¡pañuelo al aire, sobre el llano!

EL HITO DE PIZARRA

¡El hito de pizarra en el sendero,
con su dedo de sombra sobre el llano!
¡Ya no cuentas los pasos del romero
que hallaba tu camino castellano!

(Aquel romero extraño, penitente,
de luenga barba, venerable y cana,
con fiebre en las entrañas de vidente:
su locura sublime ¡qué lejana!)

El hito, como un cirio en la llanura,
que vió el paso de nobles capitanes,
con la cruz sobre el peto, en la armadura,
¡hoy no ve más que torpes ganapanes!

Con pátna de otoños y de estíos
va cediendo al empuje de los vientos;
perdió su mocedad y, ya sin bríos,
se inclina hacia los sarcos polvorientos.

En la arista de tierra del camino,
que la lengua del viento lame y lima,
morir espera, como el viejo pino,
mirando al Sol en la dorada cima!

A LAS RUINAS DEL CONVENTO FRANCISCANO DE CORIA

Pasa el camino, pedregoso, estrecho,
como arroyo de polvo sobre el llano;
entre los cardos secos del barbecho,
las ruinas del convento franciscano.

¡Convento franciscano, ayer erguido,
como ánfora de salmos hacia el cielo,
convento franciscano, derruido
entre la hierba mala, sobre el suelo!

Tus ascéticos fustes, mutilados,
aún se yerguen con musgo de oraciones.
¿Dónde fueron tus frailes, macerados
con salmos, y cilicios, y... ¡canciones!?

Quebrados en la tierra tus sillares,
con nostalgia de rezo en sus entrañas,
¡pienso en el monje que cruzó los mares,
para darle a su Dios nuestras Españas!

(1) De su libro inédito «En carne viva».